

galeonado; frente á las guías, un caballero desmontado que las acariciaba, y en la trasera del carruaje dos ó tres baúles y maletas extranjeras,—restos de las correrías de Rafael por Europa,— con nombres truncos de ciudades lejanas. “Par...” “...sburgo,” “Const....”

Cuando el coche partió al todo correr de las mulas por la ancha carretera, que multiplicados y entre nubes de polvo devolvía los ruidos del látigo, cascabeles y herraduras; cuando la hacienda entera se empequeñecía al alejarse sus dueños de ella, aunque sin perder su rumor de inmenso colmenar humano; cuando quizá muy pocos pensaban en el muerto, la Nona, que no podía olvidarlo, preguntó sollozando á Rafael:

—Dime, papá, ¿á dónde se fué Marquitos?....

Y Rafael, por salir del aprieto, hizo un amplio ademán con el brazo, sin saber si atinaba con la respuesta adecuada á pregunta semejante:

—.....Allá, á las montañas, á los árboles, á la atmósfera; á fundirse y reabsorberse en el Gran Todo....

IV

Con las melancolías otoñales,—que también en el Colegio y sus dos extensos jardines hacíanse sentir,—las inexplicables lágrimas de sor Noeline fueron en aumento.

La verdad es que los tales jardines, el interior sobre todo, hubieran entristecido el ánimo mejor templado. Sus grandes árboles añosos, desnudábanse hasta adquirir aspecto de esqueletos que retorciéran sus desnudos miembros, desesperados de no poder impedir el asesino trabajo de los cierzos. Cuando obscurecía, la desolación subía de punto, y el intranquilo espíritu de la monja,—que invariablemente se refugiaba en el “jardín de adentro,” á pesar de su sole-

dad y tristura, quizá á causa de ellas,—era invadido por ideas crueles de peligros informes, de que algo malo le acaecería; vagos presentimientos de desgracias invisibles é inevitables; secretas necesidades de apelar al auxilio de alguien que la defendiese de los enemigos imaginarios y de las diabólicas asechanzas que flotaban á su alrededor; anhelos de suprimirse algo interno que la dañaba y que ella no conocía; de algo más fuerte y poderoso que su voluntad y que de improviso se le subía al corazón, oprimíasele cual puño de hierro, para luego, y subiendo siempre, ahogarla á su paso por la garganta y al fin llegarle á los ojos, donde se le convertía en lágrimas. Apoyada en algún tronco, lloraba sin consuelo, lloraba mucho; y de noche ya, recatándose los hermosos ojos, entraba en el claustro comprendiendo instintivamente que hacía mal de llorar tanto. Pero mientras en el jardín permanecía, al convertirse en llanto sus opresiones y congojas, ella respiraba á sus anchas, suspiraba, sin otros testigos que las hojas caídas y los crepúsculos azules como mar

y prolongados como agonía; revivía días muertos, acercábase á sus parientes, y entristecida pensaba en la patria, su Burdeos; en su madre; en su hermano Honorato, el infortunado marino y,—Dios se lo perdonara!—hasta en su primo Gastón, el apuesto teniente de artillería, único hombre que la hizo probar los agridulces síntomas que preceden al amor.

Oh!, nada reprobado ni nada contra natural; el idilio que todas las mujeres desde niñas persiguen y alguna vez realizan, á tuertas ó á derechas; el que si resulta favorecido se le llama noviazgo y en matrimonio acaba, pero si es contrariado bautizásele de pasión y pára en adulterio, al que únicamente atajan los propios hijos, los votos religiosos ó la muerte. Sólo que sor Noeline no pudo gustarlo en toda su deliciosa integridad, á causa de las personas caritativas que auxiliaron á su madre en su viudez obligándola á ella á entrar en la orden del Santo Espíritu, con lo que le troncharon sus ilusiones, flores que cuidadosamente cultivan en secreto todas las muchachas del

mundo y que las hace reír á solas, peinarse con más esmero, sonrojarse ante sí mismas cuando con inocencia contemplan por primera vez en el santuario impenetrable de su alcoba virginal su propia desnudez, y sin quererlo, advierten el ensanche de sus caderas, la morbidez de sus muslos, las duras y erectas protuberancias del seno, los hoyuelos que á modo de luceros surgen de la carne, los cambiantes nacarados de la piel y la fragancia deliciosamente embriagadora que despide su cuerpo inmaculado de hembras nacidas y formadas para la fecundación y el amor! Hechizos que todas las muchachas ocultan, porque presienten que en ellos anida su fuerza soberana, y que instintivamente consagran al hombre, al elegido, al que ha de venir á disfrutar de encantos tales; por lo cual ellas procuran cuidarlos y aumentarlos, á fin de que en la posesión anhelada y temida, el amante enloquezca y las idolatre.

Sor Noeline no pudo experimentar todo eso; su idilio trunco y apenas esbozado, tuvo por prematura mortaja su tosco sayal

de monja; su corazón de mujer no latió para el bienamado sino poquísimas ocasiones, y los latidos violentos con que la sorprendió fueron debidos al claustro, al órgano, á sus votos. ¡Y esas contadas ocasiones eran tan ideales y puras!

Por el parentesco, su primo Gastón permitióse de chiquillo, caricias y besuqueos sin trascendencia; ambos jugaban á marido y mujer, pero marido y mujer anteriores á la paradisiaca manzana; con acercamientos que eran castidades, entusiasmos que eran candores y herederos que eran sillas y envoltorios de ropas. Honorato, el hermano de Noeline, hacía de sacerdote con una tohalla en el cuello, y los casó muchísimas veces. Mas al crecer, no sé qué pudores de la parte de Noeline, qué respetos de la de Gastón y qué celos de la de Honorato, interrumpieron el manoseado juego. Sentábanse á charlar, á guisa de personas mayores; Gastón hablaba del ejército, de la marina Honorato y Noeline de lo que trabajaba su mamá y de lo que cuesta gobernar una casa, es decir, charlaban los tres de lo

que por entonces entendían menos. Excepcionalmente, las manos de Noeline y de Gastón se tocaban y al tocarse, los dos apartaban la vista, poníanse muy colorados y se alejaban el uno del otro, como delinquentes arrepentidos que se proponen radical enmienda.

Con la juventud, que á los tres se les fué encima de súbito, iniciáronse las separaciones; el colegio primero, después el *Equateur* para Honorato y el "*2me. d'Artillerie á cheval*" para Gastón, cuya fisonomía franca y noble, en la que apuntaba el bozo, quedó entre los juguetes y recuerdos de la infancia de Noeline, tan guardada como ellos pero como ellos imborrable y tierna. Debido á lo cual, cuando el retorno de Gastón á Burdeos, hecho un mozo y guapo por añadidura, de oficial, con el bigote hacia arriba y el mirar hacia adentro de Noeline, tuvo ésta que apelar á sus recursos femeniles para no revelar su grata emoción, para responderle muy tranquila, cierta tarde en que él le preguntó al pie de una de las columnas *des Quinconces*:

—“Noeline ¿te acuerdas de cuando jugábamos á casados?....”

—“*Voyons, Gaston, parle pas de ça, nous étions des enfants, quoi! Lache ma main, qu'on nous regarde....*”

Tan recordaba Noeline la infantil época, que así se lo hizo conocer á Gastón sin decírselo á las claras, con veladas alusiones é indirectas, que sólo los dos entendían. Al partir Honorato en su primer viaje, probablemente le confió Gastón algo de sus planes, y de ahí los repetidos envíos de dinero para la dote de su “*Noeline bien aimée,*” pues su madre la llamó y risueña é indulgente, comenzó denominándola “capitana,” y le refirió luego que cuando Gastón alcanzara el ascenso, alcanzaría también la mano de su prima. Tácitamente, pues, principió el noviazgo; Noeline y Gastón más que conformes; Honorato, al cabo de los sucesos y sin oponerse á ellos; la madre de la cuasi novia, desentendiéndose en la apariencia de los amores. Al teniente de artillería no le era dable visitar á diario á sus amigos; el cuartel y la ordenanza estorbábanselo más

á menudo de lo que él habría apetecido. En cambio, la casualidad,—la cómica casualidad de los enamorados,—hacía que siempre Noeline tuviera que detenerse en las esquinas de las calles por donde el batallón pasaba, ó que el oficial, para cumplir cualquiera comisión del servicio, prefriese la calle en que la ventana de un tercer piso, que él se sabía de coro, abría precisamente al caminar él por la mitad de la acera opuesta. El mismo "*Totó*," el tordillo quemado del teniente, como que metía más ruido en la dicha calle y como que retardaba sus andares, por lo común garbosos y ágiles. Consistía el chiste, en que cuando Noeline tropezaba con el batallón que volía ó iba á las maniobras ó al tiro, le entrara un interés exagerado por lo que le quedaba tras los cristales de las tiendas; y aunque los caballos golpeaban el empedrado y los cañones montados en las pesadas cureñas sacudían los edificios, y los "golfos" seguían á la tropa, y la gente se apiñaba para presenciar el desfile, vaya, aunque la fanfarria de clarines desparramara sus alegres y marciales

notas, ella no volvía el rostro, pero clavaba los ojos en el cristal y, reflejadas en él, contemplaba á su sabor las facciones que no se atrevía á desafiar de frente, empurpuras las mejillas, temblándole el corazón casi tanto como los edificios, al imponente rodar de las piezas, firme á pesar de todo, de espaldas al ruido:

—“Trá....lá....lá....lí,” “trá....lá....lá....lí”—decíala el clarín, y ella cual una estatua, sorda al reclamo; sin que por ello dejase de advertir si Gastón llevaba suelto el paño de sol ó si portaba éste ó aquel uniforme.

También en su ventana, si á pie ó á caballo cruzaba Gastón la calle, Noeline no se exhibía francamente, lo necesario para ver al novio y nada más. Permitíase aventurar sus mentirijillas, que terminaban denunciándola por el exceso de rubor que consigo traían:

—¿Por qué no me saludaste esta mañana, Noeline?

—¿En dónde?.... No te ví....

—¿De veras no me viste?—insistía Gastón mirándola con fijeza. Y ella entonces

doblaba el rostro, todo encendido y hechicero.

Muchas noches, hasta hora honesta y discretísima, Gastón las acompañaba en sus veladas; la tía con la labor; el viejo, en la alcoba, valetudinario y quejumbroso; Noline por todas partes, con su mamá á la que ayudaba, con su papá al que atendía, con los domésticos quehaceres que desempeñaba á las mil maravillas, y con él, con Gastón, á quien empezaba á amar.

Si era verano, por las abiertas ventanas se introducían los efluvios de violetas y fresas que distinguen á Burdeos; introducíanse también aromas del río, un olor á viandas y ajo de los *restaurants* vecinos, tufos de vino evaporado, del vino que en innúmeras barricas acostadas una contra otra á lo largo de los muelles,—en que ya no caben las mercaderías,—se despacha para el mundo entero á bordo de los grandes transatlánticos anclados en Pauillac; introducíanse repiques de tranvías; voceos de periódicos; retazos de charlas expansivas; rodar de carruajes y ómnibus; perezoso humo de

pipas; potente hálito de contento y vida, escapándose de las próximas y concurridas *Allées* de Tourny; encanallados ritornelos del corneta—pistón de algún café cantante, naufragando en las inmensas olas de aplausos que los desvanecían y que de lejos sonaban á tempestad de granizo que se abatiera de súbito sobre los techos de zinc de distantes mansardas....

Por excepción, si la salud y el humor del viejo inválido lo consentían, contagiados por esa mezcla de rumores y fragancias, Gastón invitaba á su tía y á Noline á dar un paseo.—Sentábanse en un parque, tomaban cerveza en la terraza de un café y se recogían temprano, antes de las doce. Daba él sus brazos á las dos mujeres; reían los tres de la tibieza de la atmósfera, de lo lindo de la noche, de que riera todo el mundo, de la espada de Gastón que les estorbaba el camino y que Noline empuñaba al fin con sus manecitas; la señora, contenta de ver crecer á su lado amor tan inocente; Gastón oprimiendo suavemente el brazo de Noline, quien de cuando en cuando se lo reprochaba

con el mirar dulcísimo de sus ojos azules; entrambos confiados, radiantes, creyendo firmemente que la ventura existe!

Si era invierno, la velada pasábase en el comedor por lo pronto y en la sala después, en semicírculo frente á la chimenea encendida que á ellos los reconfortaba alegrando la reducida estancia con el parlero chisporrotear de sus leños, unos pedazos de troncos que antes de consumirse para siempre, se abrían, se dejaban envolver en llamas, lanzaban á la alfombra chispas enloquecidas, y efímeras y por final caían amontonados, reducidos á cenizas, encima de las cuales acomodaban la tetera, que á poco, con sus gruñidos, hacía que el gato de la casa la observara socarronamente, á medio dormir cerca de las brasas y como en duda de que mueble tan reluciente y pesado encerrara enemigos de verdad en sus invisibles adentros. En tanto que la hora del té se aproximaba, Gastón y Noeline, so pretexto de asomarse á la desierta calle, tras la vidriera de la salita, pegábanse á los cristales que con sus alientos se empañaban hasta

ocultarles el desolador espectáculo invernal de la ciudad bordelesa. Antes de que los cristales se empañasen, veían las tiendas cerradas, á los paseantes abrigados y de prisa; confusamente, escuchaban ecos del teatro y notas destempladas del organillo de algún pordiosero, que en desierta bocacalle desafiaba á la intemperie con el arrojito de la miseria, y daba vueltas al manubrio con la terquedad de quien no ha comido y necesita comer.

—Pero, qué miran tanto?....—les preguntaba la anciana.

—Pues, qué hemos de ver tía? La calle y sus tristezas—respondía Gastón.

Mas Gastón mentía. A fin de no denunciarse y de no llamar la atención, había descubierto un ardid para comunicarse impunemente con su prima, para mantener tendida plática con ella sin mover los labios ni dejar una huella. En los cristales empañados escribía con las yemas de los dedos todo lo que habría necesitado preguntar con palabras:

—¿M' aimes—tu, Noeline?

Durante dos noches, ni quien respondiera á la pregunta, escrita verticalmente, horizontalmente, con mayúsculas, con interrogaciones, con caracteres góticos. La luz del reverbero de la calle y la del estanquillo frontero, servían para deletrearla mejor, pero Noeline no se daba por advertida.

—*Régarde, cousine!*—exclamaba Gastón colérico.

—*Oui, je vois bien*—contestábale Noeline sin bajar la vista á las letras, borradas con la manga del uniforme si la señora abandonaba la chimenea para inquirir lo que veían los muchachos y que resultaba poca cosa: un perro al trote, un guardia municipal, un cochero de punto abriendo los brazos y bailando dentro de los zuecos, sobre la acera, para calentarse.

Sin embargo, dióse el cristal tales mañas con su súplica que noche á noche dibujaba una debajo de otra, en cruz, en redondo, en cuadro, de todos modos y en todas direcciones, que á los quince días de lucha, Noeline contestó un *oui* torcido y legible apenas, pues en el acto de escribirlo y sin

reparar en si estaba ó no estaba caligráfico, fué á sentarse al lado de su madre, quien por no maliciar la historia del vidrio,—aunque los muchachos le quedaban en las mismísimas narices,—nunca advirtió que cometiesen nada malo. Silenciosos, sí, muy silenciosos,—pensaba la buena señora,—porque quizá idean el modo de entenderse.

A la noche siguiente, el cristal manifestóse con exigencias:

—*Mais, dis-moi, Noeline, je t'en supplie, m'aimes-tu d'amour?* ...

Y salió otro *oui* mucho más claro y firme. Tras éste vinieron otros, por docenas, y luego diálogos, ternezas, juramentos, compromisos, el *bon Dieu* y la *parole d'honneur*, según que ella ó él afirmaran ó prometieran algo; los primeros disgustos leves, las primeras reconciliaciones encantadoras. El cristal, sensible y bonachón, prestábase á esos oficios de Mercurio mudo; el invierno, por fuera, hallábase al cabo de esos dúos sin palabras, y sin duda, encogeríase de hombros ante niñería semejante; él, el gran viejo lúbrico y vicioso que ha inventado las

diversiones y los refinamientos; el que asesina á los pobres y prostituye á los ricos; el que en bailes y teatros escota indecentemente á las mujeres, mundanas y desnudas y muertas de frío empuja á los lechos infames de alquiler, desde las bohardillas sin fuego, á las vírgenes que desfallecen de hambre....; el invierno, que después de causar calamidades tamañas, vase por ahí, silbando sus glaciales romanzas de ventiscas y de escarchas, no paró mientes en aquellos amoríos de ensueño.

Tampoco la madre de Noeline se penetró de la mútua inteligencia secreta de los novios, llegando á preguntarse á sí misma:

—“Habrán reñido para siempre?....”

Fué Honorato quien aclaró situaciones, cuando uno de sus ruidosos regresos de hombre joven que comienza á vislumbrar la Fortuna y que se siente brazos robustos para aprisionarla muchos siglos. Algo le hablaría Gastón, porque muy al corriente de los sucesos, se los narró á su madre en presencia de la interesada, que no sabía dónde meter la cara.

—Yo me encargo de nuestro pobre viejo, madre, ¿Ud. consiente? Que lo que es Noeline, há tiempo que consintió..... Vaya, tonta, ¿á qué sacas las lágrimas? ¿acaso no lo quieres? (*por Noeline que sollozaba*) ¿acaso no me tienes á mí y no tengo yo á las “Mensajerías Marítimas” y á la América entera para enriquecernos á todos?..

El proyecto de unión fué sucesivamente aprobado; oh! una unión que tardaría mucho aún, hasta que Gastón ascendiera á capitán y la dote de Noeline consistiese en un poquillo más que esperanzas y buenos deseos. Los chicos interesados no se metieron en cálculos; se querían y los dejaban quererse, pues qué mejor dote ni qué mejor ascenso! Claro que lamentaban el no pertenecerse desde luego, pero para su edad ¿qué significaban cinco años de espera? Los años volarían por sí mismos, y en el desgraciado caso de que se las dieran de perezosos, ahí estaban ellos, Noeline y Gastón, á fin de apresurarlos con sus ansias de juventud y de enamorados.... De tal suerte, que en familia, sin amistades ni